

mi sobrino. No era mucho, decía yo, que un jóven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imagi-
naciones, que tan triste idea dan de la hu-
manidad, abrí un libro de poesía, y acer-
tó á ser en aquel punto en que dice Barto-
lomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.

EL CASARSE PRONTO Y MAL.

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro, no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Éste era hijo de una mi hermana, la cual habia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los dias, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el Domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entónces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algun libro de los prohibidos, ni ménos aquellas novelas que,

como solia decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educacion fuese mejor ni peor que la del dia; sólo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena ó mala educacion no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresion doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicacion con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebia vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educacion tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del año cristiano á Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las de-

jaba que ántes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenia; que podria leer sin orden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y que se yo qué más cosas decia de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustracion, añadiendo que la religion era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre* y *madre* eran cosa de brutos, y que á *papá* y *mamá* se les debía tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respetó tanto ó más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupacion es la primera preocupacion de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le habia dado. Murió, no sé á qué propó-

sito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de como no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador, y racionador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oía hablar todos los días de aventuras escandalosas, y de los amores de fulanito con la menganita, y le pareció, en resumidas cuentas, cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una jóven, personita muy bien educada tambien, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de piés y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la nueva Eloisa; y no hay más que decir sino

que á los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados, y por último, un su amigo, que debía de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia él y ella, que habían dado principio á sus amores porque no se dijese que vivían sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer después á piés juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podía venir á parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus lúces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.^a, que hay despreocupados por este estilo; y 2.^a, que somos nobles, lo que equivale á decir, que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y ésta es una de las razones por qué estaba mi sobrinito desterrado á morirse de hambre si no se le hacía me-

ter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguóse, pues, que no tenía la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instruccion novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de una persona de su clase. Averiguó tambien la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con que objeto entra V. en mi casa?— Quiero á Elenita, respondió mi sobrino.— ¿Y con qué fin, caballerito?— Para casarme con ella.— Pero no tiene usted empleo ni carrera.— Eso es cuenta mia.....— Sus padres de V. no consentirán.....— Sí, señor, V. no conoce mis papás.— Perfectamente; mi hija será de V. en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el Interin, si V. la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.— Entiendo.— Me alegro, caballerito; y quedó nuestro Orlando hecho un estatua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá, pero dirémos, en suma, que hubo prohi-

bicion de asomarse al balcon y de corresponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad, concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, que en cuanto á comer, ni eso hacía falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habian de faltar unas sopas de ajo.

Poco más ó ménos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legitima consecuencia, tambien concluia de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistia en que era independiente; que en cuanto á haberle criado y educado nada le debia, pues lo habia hecho por una obligacion imprescindible, y á lo del sér que le habia dado, ménos, pues no se lo habia dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron tambien los padres, y despues de haber intentado infructuosamente varios medios de seduccion y rapto,

no dudó nuestro paladin, vista la obstinacion de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario; púsose el plan en ejecucion, y á los quince dias mi sobrino habia reñido ya decididamente con su madre; habia sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero, se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el dia; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veian más cada dia y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el dia feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algun dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes, y la niña no sabía más que acariciar á su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazourka, y Medoro no sabía más que disputar. Ello, sin embargo, el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salia de mañana á buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con qué dar de comer á su mujer, le detenia hasta la noche. Pase-

mos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posicion. Mientras que Augusto pasa el dia léjos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren, pero en casa donde no hay harina, todo es mohina; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antidoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que, amortiguada, en ambos corazones ardia; se suceden unos á otros los reproches, y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no há mucho tiempo él mismo la inducia; á los continuos reproches se sigue, en fin, el ódio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros, que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y

apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica: sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus piés son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideracion. Augusto no es, á los ojos de su esposa, aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido..... En fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero y les promete aun proteccion! ¡Qué movimiento en él! ¡Qué actividad! ¡Qué heroísmo! ¡Qué amabilidad! ¡Qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡Qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡Qué asiduidad y qué delicadeza en acompañarla los dias enteros que Augusto la deja sola!

¡Qué interes, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra!.....

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer, que si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seduccion y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa; sus hijos están solos. — ¿Y mi mujer? ¿Y sus ropas? — Corre á casa de su amigo. — ¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policia, se informa. Una jóven de tales y tales señas, con un supuesto hermano, han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega; son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazon; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitacion; un chillido agudo le convence de que le

han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, ántes que le sorprendan, en su habitacion, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

• Madre mia, dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos..... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener ántes más sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quiteis una religion consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crimen; harto cara pago mi falsa despreocupacion. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. Adios para siempre. •

Acabada esta carta se oyó otra detonacion que resonó en toda la fonda, y la

catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino que, con el más bello corazon, se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, despues de haber leído aquella carta, y llamádome para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

Hijo..... despreocupacion..... boda..... religion..... infeliz..... son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresion, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasion les tengo reservados.

EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que parecería el negarse grosería, ó por lo ménos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí várias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios, al-

gun tropezon me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho ménos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de mi espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entónces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creído hacerme más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que si-

guió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detras, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travestura. ¿Quién soy?— Un animal, iba á responderle: pero me acordé de repente de quien podría ser, y sustituyendo cantidades iguales, *Braulio eres*, le dije. Al oirme, suelta sus manos, rie, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena.— ¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?— ¿Quién pudiera sino tú?...— ¿Has venido ya de tu Vizcaya?— No, Braulio, no he venido.— Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?— Te los deseo muy felices.— Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de ti que no vayas á dárme los; pero estás convidado.— ¿Á qué?— Á comer conmigo.— No es posible.— No hay remedio.— No puedo, insisto temblando.— ¿No puedes?— Gracias.— ¿Gracias?— Véte á paseo; amigo, como no soy el duque de F., ni el conde de P.....— ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? No es eso, sino que.....— Pues si no es eso, me interrumpo, te espero á las

dos: en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.— Esto me consoló algun tanto, y fue preciso ceder; un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.— No faltarás, si no quieres que riñamos.— No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.— Pues hasta mañana; y me dió un torniscon por despedida. Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurrendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspícaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono, pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cinita atada al ojal, y una crucecita á la som-

bra de la solapa: que es persona, en fin cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educacion más escogida y modales más suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razon, defiende que no hay educacion como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolitas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien le sucede poco más ó ménos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas, sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrescencia bastante visible sobre entrambos omóplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mútuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una

preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento se le *espeta á uno cara á cara*: como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusion, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporacion con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo: era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que ántes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí el señor X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había

tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite, y la señorita que tan bien había de cantar y tocar estaba ronca en tal disposición que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

— Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mía.— Espera un momento, le contestó su esposa casi al oído, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y.....— Bien, pero mira que son las cuatro.....— Al instante comeremos.....— Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

Señores, dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah! Figaro, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí mordiéndome los labios.— No importa, te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.— No hay necesidad.— ¡Oh! sí, sí, ¡mi chaqueta!

Toma ; mírala ; un poco ancha te vendrá ! —Pero, Braulio... —No hay remedio ; no te andes con etiquetas ; y en esto me quita él mismo el frac , *velis nolis* , y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada , por la cual sólo asomaba los piés y la cabeza , y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias : al fin el hombre creía hacerme un obsequio :

Los dias en que mi amigo no tiene convidados , se contenta con una mesa baja , poco más que banqueta de zapatero , porque él y su mujer , como dice , ¿ para qué quieren más ? Desde la tal mesita , y como se sube el agua del pozo , hace subir la comida hasta la boca , adonde llega goteando despues de una larga travesía ; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular y estar cómodos todos los dias del año , es pensar en lo excusado. Ya se concibe , pues , que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa ; así que se habia creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado , como quien va á arrimar el hombro á la comida , y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más frater-nal inteligencia del mundo. Colocáronme,

por mucha distincion , entre un niño de cinco años , encaramado en unas almohadas , que era preciso enderezar á cada momento , porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere , y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres , cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado , digámoslo así , como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas , nuevas á la verdad , porque tampoco eran muebles en uso para todos los dias , y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques , como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

— Ustedes harán penitencia , señores , exclamó el Anfitrión una vez sentado ; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys ; frase que creyó preciso decir. Necia afectacion es ésta , si es mentira , dije yo para mí ; y si verdad , gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella expresion más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. — Sírvasse usted. — Hágame usted el

favor. — De ninguna manera. — No lo recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí. — Perdóne usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores, exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizecaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

— Este plato hay que disimularle, decía ésta de unos pichones; están un poco quemados. — Pero, mujer..... — Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas. — ¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde. — ¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? — ¿Qué quieres? Una no puede estar en

todo. — ¡Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándonoslo en el plato; excelente!

— Este pescado está pasado. — Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto! — ¿De dónde se ha traído este vino? — En eso no tienes razón, porque es....

— Es malísimo. — Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetían tan á menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas había podido hacerse superior hasta entónces á las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos. — Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenía. — ¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, irémos á la fonda, y no tendrás..... — Usted, señora mia, hará lo que..... — ¡Braulio!

¡Braulio! Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfia probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales, que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenia hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la autopsia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo, fuese por la edad avanzada de la víctima,

fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamas parecieron las coyunturas. — Este capon no tiene coyunturas, exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal, como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente, como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi límpisima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador, con ánimo de cazar al ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, aumentase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato

de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa descende como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retirase atolondrada, sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado, que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusion. — ¡Por San Pedro! exclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. — Pero sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí.

¡Oh, honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí, las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despe-

dir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; D. Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion, roneas ya las voces piden versos y décimas, y no hay más poeta que Figaro. — Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pié forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pié: *A don Braulio en este dia.* — Señores ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No se sale de aquí sin decir algo. Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

Á Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonium*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí

en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desapareza del mundo el *beefsteack*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya payos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos y beban, en fin, todos ménos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres ni la misma delicadeza cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso

yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que finjen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostencion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

Gran persona debe de ser el primero que llamo pecado mortal á la pobreza, nosotros, que ya en uno de nuestros otros artículos estuvimos hablando de lo que antes nos habíamos propuesto en esta obra, ahora os vamos á presentar algunas noticias acerca de la historia de este pecado por nos que conocemos que hay pecados que pesan en distintos y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto diferente. Comenzamos refiriendo en que esta institución se creó y para las tierras del cielo á los de un cristiano.

Las reflexiones acerca de este pecado no hace muchos días, cuando se presentó en un caso un extranjero de estos que no fuera en más parte han de tener cuenta de un caso para una idea exagerada e impropia, de estos que ó creen que los